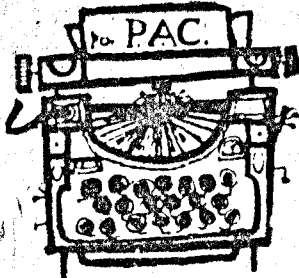


escrito a máquina

Africa y nosotros...

El rostro triste de América



El contacto que tuve en Roma con las delegaciones africanas, la impresión que causaron en mí y en casi todos los asistentes por su extraordinaria preparación, conocimiento y exposición de sus problemas; el contraste entre su optimismo con el sentimiento de pesimismo de los hispanoamericanos —contraste que ya había notado de lejos al leer la nueva literatura africana comparándola con la de nuestra América Latina actual—; la reveladora carta que acaba de escribir a los africanos Pablo VI y algunos otros documentos sobre Iberoamérica y sobre Africa que he leído en estos días, son los textos y pretextos que motivan este breve comentario ó, esta serie de preguntas, algunas sin contestación, que he anotado en mi cuaderno de viaje.

ROMA, Octubre 1967

¿Por qué estos pueblos nuevos del Africa, que acaban de obtener su independencia —la mayoría de ellos o su casi totalidad, de manera ordenada y pacífica, (no es ésto mismo, de por sí, un hecho sorprendente— “motivo de alegre esperanza”, como dice Pablo VI?) por qué estos pueblos nuevos, dirigidos por una generación surgida de las luchas revolucionarias, se muestran con tal optimismo, seguros de sus fuerzas y de sus posibilidades en la lucha contra el subdesarrollo, mientras los iberoamericanos —como dice el escritor brasileño Celso Furtado— “manifiestan un sentimiento general de decadencia”; una especie de conciencia colectiva de que el futuro se vuelve cada día más incierto y “un sentimiento de revuelta y rebeldía que prevalece entre los jóvenes mucho más sensibles a las incertidumbres del porvenir”?

Hace apenas treinta años el sentimiento latinoamericano era optimista, se confiaba en las propias fuerzas, se creía que era posible construir un destino propio. Luego vino la guerra mundial, se planteó el problema del balance de poderes, Rusia trazó su órbita de influencia y frente a esa órbita los Estados Unidos trazaron y ACENTUARON la propia. ¿Será la conciencia de estar incluidos en la órbita de un poder ajeno, es decir, de que al final no somos nosotros los que tenemos la última palabra sobre nuestro propio destino, sino un super-poder, lo que nos sumerge en ese pesimismo-ambiente y nos diferencia de los africanos, mucho más novatos en historia, pero al margen de las órbitas o zonas de poder que hoy juegan el ajedrez del mundo?

Generalmente nosotros volvemos angustiados de los países satélites encerrados detrás de la cortina de hierro —es decir, de aquellos países incluidos en la zona de poder e intervenidos por Rusia. La vida sórdida de tales pueblos sometidos nos sirve para una propaganda favorable al sistema del llamado “mundo libre”. Preferimos nuestra suerte de centroamericanos a ser lituanos, o polacos o residentes detrás del muro de Berlín. Pero quizás no hemos pensado que lo que esos pueblos perdieron totalmente, nosotros lo hemos perdido o estamos perdiendo en parte. Que aquellos, en aras de la seguridad rusa, están en el pulmón de acero; pero nosotros —en aras de otra seguridad— hemos sido atacados por la polio en nuestros miembros inferiores, porque nuestro desarrollo no avanza, tanto por el temor a que nuestra transformación se convierta en “revolución ajena”, como por el hecho de que la “seguridad” de Estados Unidos parece implicar, cada día más, el mantenimiento del “statu quo” social de Iberoamérica. Es decir: porque en ambos extremos hemos perdido la confianza de CONTROLAR nuestro destino; hemos perdido el sentido optimista y creador de poder construir nuestra propia historia.

¿Será esa conciencia de una fuerza ajena que frena —combinada con otra fuerza también ajena que subvierte el orden y promueve la revuelta —la que ensombrece y llena de pesimismo la sicología actual del hispanoamericano, haciendo que nuestro Continente se incorpore a las grandes órbitas de tristeza que rodean a los dos super-poderes del mundo actual? Tristeza menor, pesimismo un poco menos deprimente que el de los países de la cortina, pero inmediatamente evidente cuando se puede contrastar con esos otros países del Tercer Mundo —como los africanos— lanzados con ímpetu y alegría juvenil a la conquista de su propio destino.

Yo recuerdo que Kennedy significó una alegría, un encender esperanzas en todo el continente llamado de la Esperanza. Por qué? Porque no sólo abrió puertas, sino incitaba al “auto-desarrollo”. Porque sopló, como un viento auro-ral, la idea de un tipo de colaboración y ayuda que permitiría a nuestros pueblos —según las palabras de la “Populorum Progressio”— “ser artífices de su propio destino”. Pero ¿ha predominado esta idea o ha cedido lugar a un temor creciente —de parte de los EE.UU.— a todo cambio o modernización de estructuras y a un apoyo voluntario o involuntario a los grupos estáticos y privilegiados que impiden o desatienden la justicia social y la “democracia de los beneficios” en la cual consiste el verdadero desarrollo? Es este super-poder ajeno (de Estados Unidos) —que apoya por “estrategia” a las fuerzas represivas— combinado con el poder oculto de la subversión (del Comunismo)— que, lanzando a la revuelta o al

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

terrorismo a sus grupos activistas, aumenta el recelo de los poderosos y produce un lamentable equívoco en todos los movimientos favorables a la justicia social y al trabajador—, es esa doble presión incontrolable y negativista en sus dos polos, lo que ha creado el sentido de frustración, de pesimismo, de mundo estancado y sin salida que hoy acompleja a toda nuestra Iberoamérica?

¿Cuál es el rostro de América?, ¿el rostro de sus militares-gobernantes, uniformados, dirigiendo el gobierno como una GUERRA; o el rostro exangüe del Ché Guevara —que hoy aparece en todos los periódicos de Europa, muerto en Bolivia— dirigiendo la oposición como GUERRILLA? ¿No hay un tercer rostro civil, un rostro de PAZ para abrir el porvenir? ¿Todo desarrollo tiene que adoptar entre nosotros el rostro funesto e inmolador de Marte o de Huitzilopochtli?

Los africanos, aún afrontando problemas, infiltraciones y obstáculos análogos a nosotros, manifiestan una confianza —tal vez a veces exagerada— en sus propias fuerzas, como alguien que afronta dificultades pero que sabe que tiene libertad y fuerzas propias para superarlas. Hay una unidad importante, visible, en las gentes de África: la de sus intelectuales y hombres de empresa y de acción. En América esa unidad o solidaridad frente al destino propio, entre los hombres de empresa y los hombres de cultura está rota. Generalmente hay una hostilidad de bandos opuestos entre el mundo llamado intelectual y el mundo de la empresa, de la política y de la técnica que tramita el desarrollo hispanoamericano: esto significa que nuestras realizaciones carecen de fuerza interior, que son cuerpos DESANIMADOS e inconexos por cuanto la cultura no los asimila ni los carga de trascendencia. Entre los africanos, no citemos el caso de la República del Senegal cuyo Presidente es uno de los mayores poetas actuales: Leopoldo Sedar Senghor; citemos solamente el interesante diálogo y la permanente colaboración —optimista y creadora— de ambos sectores o bandos que les ha permitido no sólo crear una mística de su esfuerzo liberador y de su impulso de desarrollo sino la ejemplar hermandad regional africana DE LA NEGRITUD. Y esto lo hacen pueblos que acaban de salir de la esclavitud, que afrontan hostilidades tan graves como la discriminación racial, pero que lejos de acomplejarse blasonan de su originalidad y cierran filas cuando se trata de respetar su patrimonio y de imprimir al desarrollo un camino propio que no lave su cultura ni desarraigue al africano de aquellas autenticidades que fortalecen su vitalidad y dan sello a su carácter propio.

Yo recuerdo, a este respecto que, cuando el Congreso de Laicos estudiaba el problema de la familia —su “desacralización” moderna, su angustioso afrontamiento de la “explosión demográfica”, etc.— una dama negra delegada de Burundi tuvo una intervención resuelta y tajante que fue respaldada por la totalidad del bloque africano. Habló de que la familia africana ha conservado hasta ahora su carácter sagrado que es el fundamento de sus estructuras sociales —que África rechaza cualquier intento de “desacralización” de la familia. Agregó que en esta familia debe respetarse y conservarse la jerarquía natural, especialmente en lo que concierne al padre— el cual debe considerarse normalmente como su jefe en los campos civiles y religiosos: explicando que sin padre no hay responsabilidad ni continuidad de la comunidad familiar y que un pueblo que no puede legar a sus hijos educación para la libertad y la responsabilidad, se disgrega y es suplantado por quienes defienden tales valores fundamentales (yo pensaba en nuestra Hispanoamérica, desgarrada en sus células básicas familiares; en su indisciplina e irresponsabilidad paternal, en su literatura suicidamente anti-paterna, en sus sociologías pedantemente productivas pero que marginan este problema elemental y sustantivo...). Luego, la misma delegada, refiriéndose a la “explosión demográfica” dijo: No negamos la gravedad de ese problema donde exista, pero nosotros, pueblos jóvenes, no aceptamos que su solución sea disminuir la fecundidad de la familia cuando es esa fecundidad la fuente de nuestra futura prosperidad. En países con recursos y tierras, la explosión demográfica debe afrontarse creando fuentes de trabajo, de educación, y repartiendo justamente la riqueza entre la familia proletaria, nunca segando la fuente de nuestra propia civilización y grandeza futuras”. (Yo pensaba en Centro América, con sus 12 o 13 millones de habitantes, del tamaño de Italia que está poblada por 53 millones; pensaba si entre nosotros hay todavía esa intrepidez de afrontar la tensión pobladora buscando resolver sus problemas, o si no estamos ya resueltos a aceptar las recetas colonialistas “segando, como decía la africana, la fuente de la futura prosperidad”, de nuestras tierras deshabitadas) . . .

Pero, saltando sobre la anécdota, lo que contrasta del rostro de América frente al rostro de África es su inmutabilidad. La América Latina —dice José de Castro— “ha crecido, ha aumentado, pero fundamentalmente no ha cambiado. No se ha desarrollado, pues el verdadero desarrollo no consiste únicamente en crecer, en producir más, en aumentar la renta “per cápita”, sino también en transformarse, a fin de que el crecimiento del bienestar social SEA BENEFICIOSO PARA TODA LA COLECTIVIDAD”.

¿Nos uniremos alguna vez todas las fuerzas vivas para emprender esta necesaria segunda revolución DE NUESTRA INDEPENDENCIA?

PABLO ANTONIO CUADRA